

Hablar/leer/escribir

Pelayo Pérez. Oviedo.

Habitamos palabras que no son nuestras. Vienen de lejos, socavaron los cuerpos de nuestros padres y aspiran nuestras emociones. Parecieran fantasmáticas presencias ajenas a nosotros, signos a los que damos vida y que nos hurtan la potencia que nuestras experiencias tensan.

Es cierto que somos nosotros mismos quienes las nombramos, ahí en la tensión inmemorial de nuestros cuerpos en el mundo. Hay quienes aseguran que es el propio mundo quien irradia tensores de luz en donde, como pájaros invisibles, las palabras se posan. Primero como sonidos, como notas musicales sin partitura, sin orden ni concierto. Vibrando en pos del sentido.

En general, repetimos, una y otra vez, estribillos prosaicos, lugares comunes, reiteraciones sin cuento, naderías, ecos vacuos, un día y otro, una nueva aparición de lo mismo que las palabras gastadas muestran en su ajada presencia reiterada. Y habitamos así el espacio sonoro que aparenta llenarse con nuestras sensaciones, nuestros sentimientos, dejando el asombro de vivir callado, parpadeando en el silencio que, sin embargo, ciertos signos denuncian: ese corte tembloroso de la frase, esa caída del tono, ese aspaviento de los gestos, ese repentino enmudecimiento..

Palabras habitadas por la ira, por el resentimiento, por la impotencia, por la soledad indefensa ante el dolor, la miseria, la enfermedad, el desamor...palabras socavadas por las pasiones tristes que no encuentran el sentido de las palabras propias, nuestras, esas que liberan, que nos izan como si fueran peldaños exaltantes.

Habitamos palabras como cingulos, como cadenas, mecanismos que nivelan, aplastan, encierran, desnudan nuestras existencias de su misma carnalidad, de la inesperada posibilidad que siempre está ahí, justamente ahí, en la vibración, en la resonancia de la carne, en la belleza que abre ante sí, en el temblor del mundo, del otro, de uno mismo, de súbito, apercibiéndose de estar vivo, de lo que significa y, efectivamente, no encontrando palabras para decir qué significa, qué se siente en ese momento en el que, inesperadamente, lo que soy tiembla por el hecho de ser eso mismo que soy y que no sé qué es....

Habitamos palabras que recortan nuestras percepciones; palabras que tienden puentes, pero también barreras. Al igual que las señales que dirigen nuestros pasos por las calles de la ciudad, por las rutas que nos llevan supuestamente más allá, hacia la pureza descarnada de un mundo sin palabras: la *naturaleza*...y esa palabra contiene toda una intención, un trampantojo, un modo paradójicamente incisivo al

indicarnos qué lejos estamos de sentir, de hacer aflorar un paisaje sin palabras a través de nuestros pasos, de nuestros movimientos, de los cambios que introduce nuestro cuerpo, nuestra presencia entre las cosas y los seres del mundo. Pues es solo así que podemos comprender que esa mentada “naturaleza” es un fenómeno que surge de nosotros mismos, que ve la luz a través de nuestro silencio opaco pero vivo y es entonces cuando podemos recuperarnos, dejar las palabras ajenas, los mensajes, las indicaciones, los significados que nos expropian, dejarlos sí a un lado, y adentrarnos en el murmullo impreciso del ritmo, del brillo, de la cadencia de nuestro estar ahí viendo, oyendo, sintiendo. Será ese murmullo el que nos habite, huérfanos ahora de toda palabra, enmudecidos, prestos a escucharnos, dejando que esos mundos articulen el movimiento de nuestras afecciones, de nuestro gozo, de ese inesperado descubrimiento tantas veces hurtado: nuestra propia presencia creadora. Pues nosotros “creamos” el mundo, es decir lo recreamos en nuestro interior, hacemos que el mundo nos habite, y con él las palabras que trazan el mapa del mundo. Ahora son las palabras, los signos, las señales, los mensajes, los códigos,

los significados los que habitan en nosotros. Es este giro, leve en apariencia, arduo por el esfuerzo que requiere, por la voluntad que lo perpetra, por la tensión que genera, que salimos afuera por el retorno al adentro, abandonando así la red invisible de las palabras ajenas, de sus imágenes y sonidos, de sus variantes numéricas, de sus iconos y simulacros, de sus dominios reductores.

Aspirados, moldeados, aplanados, captados, fijados al suelo sin posibilidad apenas de alcanzarnos, abandonamos nuestro asombro de vivir, nuestra pasión, nuestros temores y nuestros miedos a su propio destierro, a su arrenal sin fruto, al murmullo doliente de las locuras cotidianas, de las tristezas tristes, de las alegrías sin resto, fugitivas, censadas, masteurizadas, epidérmicas...

Habitamos palabras que dicen lo que tenemos que pensar, que decidir, que valorar, que seguir. Palabras como incendios, como *es lo que hay*, palabras segregantes, palabras grito, palabras *te lo digo yo*, palabras *verdaderamente falsas*, palabras *no importa nada*, palabras como vivir que tienen la virtud indudable de mantenernos a tumba abierta, fuera de la vida. Habitamos palabras inhabitables. Palabras inhumanas donde belleza, amor, dolor, existencia, temblor, tu, ellos, nosotros, piel, vejez, sexualidad, ternura, emoción, infinito, alma, historia, humanidad...han sido reducidas, encerradas, encajadas en los lóbulos temporales de los circuitos cognitivos, y de las respuestas estimuladas por las impresiones determinadas por esas mismas palabras que habitamos. Y libres decimos ser cuando decimos libertad de expresar lo *que me da la gana*, cuando imponemos nuestra sacrosanta opinión, cuando *nadie nos tose* con su palabra tan parecida a la nuestra.

Y sin embargo, qué maravilla encontrarse de pronto con las palabras huérfanas, las palabras sin dueño, las palabras paladeadas, mojadas en nuestras lenguas, las palabras acogidas, amasadas, mimadas, rescatadas del flujo del mundo, hechas nuestras, ahijadas, convertidas en sonidos que recorren nuestra estancia y,

silenciosas, se mueven en el océano de nuestro interior operante, como decía el filósofo de lo invisible.

LEER

Si hablar es un acto que silencia el ruido, que ordena el movimiento inquietante de nuestro ser-en-el-mundo, que nos devuelve más de lo que ponemos, pero menos de lo que deseamos. Si hablar es el gesto de una desesperada persecución tras el caballo desbocado del sentido, leer es el más sorprendente de los actos humanos. Seguir literalmente las manchas sobre el papel, verlas ahí unas tras de las otras, separadas por la nuda blancura, despertando sonidos, indicando lugares, seres, cosas, modos, tiempos que azuzan nuestra memoria, inquietan nuestros saberes, requieren nuestra complicidad; respuestas que demandan sus interrogantes escalas, y esas vastas llanuras de la desolación que apenas cubren frases, letras engarzadas como adverbios, parejas silabantes, ensortijadas derivas, frases como metáforas, signos como torres de admiración y esas partículas elementales que reclaman conjugaciones no exentas de peligrosos deslices.

Leer es un gesto sobrehumano, una dislocación, el gesto que ilumina la página rebosante de oscuras pinceladas. Es el gesto de un animal moribundo, de un ser mortal y finito que, sin embargo, enlaza infinitos artilugios en el espacio recortado de un libro, descifrando el Aleph que la escritura enmascara con sus marcas.

Leer es hablar, devolver la palabra a su lugar de origen. Absorber la fuente palpitante de un trasunto de manos, de ojos, de inabarcables espacios, de imposibles anhelos que tienen en la punta misma de los dedos el afán de su tacto, de ese instante increíble, intenso como un latido, y que descarga su potencia en un acto inaudito.

Leer para conjugar la eternidad, el instante apresado por los grafos, y salvar las distancias que la muerte impone. Recuperando el tenso aliento del cuidado, el esfuerzo del otro, dejándonos el rastro de su paso, la huella de su estancia aquí, antes de que nosotros holláramos este mismo territorio, esta ausencia de nosotros que otros reconocerán leyendo lo que dejamos dicho, censado, pensado, sentido, olvidado incluso.

Leer conmueve por lo que oculta, por su anónima presencia, por el exceso de su misma autoría, la firma que afirma que otro ha sido el autor de cuanto lees, incluso tú mismo.

Y luego, ese gesto imposible que supone volver a leer el mismo texto, idéntico libro. Entonces, el volumen, el objeto, la cosa-libro, revive ante nosotros. Revive, renace, reanuda su metempsicosis. No es por los ojos que ven un libro, es por la mirada que lo despierta que Mersault toma de nuevo un autobús hacia Marengo para ir al entierro de su madre: "Aujourd'hui, maman est morte". Una vez más, como la primera vez, diez, treinta, cincuenta años atrás..El mismo libro sin embargo.

Leer de nuevo no es hacer una nueva lectura, es ocultar bajo la superficie de la nostalgia, la interrogación por el sujeto, por el quién ahora, quién entonces.

Hay libros como pirámides izándose sobre el desierto.

Libros imposibles, libros que encierran otros libros, que atisban desde sus palabras los murmullos de los muertos que hablan con nosotros. Son los libros que nos devuelven el rostro del otro, su voz, su presencia desvaída, la afección de su ausencia. Algunos vienen de lejos, alcanzan a tocarnos más allá de los siglos a través de sus hexámetros, de diálogos como látigos, de círculos que atraviesan mundos, de ficciones realmente existentes, y de discursos que nos convocan, que nos reclaman, que nos comprometen en ese devenir que jamás alcanza a ser, *presente vivo* que el libro recorre, tiempo petrificado que oculta el tiempo de la vida socavando a la pirámide misma.

Volver ahora a leer el libro aquel y traer ahora de nuevo un pasado que ya no es, engarzando un futuro imposible que no será salvo en este devenir de la lectura, en esta presentificadora renovación de la mirada.

Leer como quien ama. Con todo el cuerpo, con los sentidos todos, dejándose seducir, engañar incluso. Leer para someter lo sensible a su tensión inteligible, siguiendo el rastro de su evaporación, de su gesto sido, del guiño que entre palabras se declina y nos detiene. Leer hablando con enigmáticas presencias, con argumentos, con cadencias que recurren a tropos, a alianzas que chocan produciendo sonidos eróticos, jadeos, elevando a sublimes densidades frases que hacen que la soledad de la lectura resuene, estalle como una filigrana barroca, hasta volver a recaer en la sequedad de un realismo sin alma.

Como el geómetra que vuelve de nuevo con sus gestos a reactivar la geometría, así el lector inicia un ciclo eterno con su sencillo gesto renovante, incorporándose sin saberlo al movimiento cósmico de las estrellas mientras cree leer un libro más. Un libro que reencuentra el tiempo, que lo busca, que lo persigue línea tras línea, recuerdo tras recuerdo, dejándonos exhaustos, en ese duelo de amor y de misterio.

Leer para encontrar los caminos virtuales del sentido, siguiendo las series de su complejidad, sintiendo en cada letra la pulsación de una tecla recóndita donde resuena el bello público, el amanecer, la infigurable orquídea, el color pulsátil que vibra entre vocales. Leer para asir en los signos, la huella indeleble de mi paso por el mundo. Salir hacia el afuera pertrechado de voces, protegido por esa metonimia que trazan las palabras puente, las palabras pantalla, las palabras acaso, quizás, tal vez y todas aquellas que alguna vez leímos sin saber qué decían, que demandaban, a quién se dirigían, de qué anhelo, de qué desastre, de cual sufrimiento o de qué alegría provenían, fijas ahora, cuajadas, netas y, sin embargo, siempre dispuestas a deshacer la armadura, el castillo de su nomenclatura.

ESCRIBIR

Hablar es un intento por alcanzar el afuera, en el cual sin embargo el habla se disuelve en su contacto con el aire. Leer es la recuperación del adentro por la palabra desprendida del signo, desde el afuera que solo la escritura alcanza.

Paradójicamente, escribir es un ejercicio de “naturalización” de la palabra, de lo dicho por nadie y por cualquiera, que permanece *suscrito*, empedrado en la urdimbre del texto, donde cobra cuerpo el pensamiento, el cual, *sin presente asignable*, se deja signar por la grafía tras la que, no obstante, se oculta, en un enredo de simulaciones sin fin. Escribir es, en este sentido, un engaño, una ilusión, seguramente necesaria para quien escribe, para quien cree que en este ejercicio será capaz de atrapar al pensamiento, cuando no a él mismo, el *otro que soy*. Se puede escribir en primera persona, en segunda y en tercera persona. En singular o en plural, e incluso en esa cuarta persona impersonal: escribe como *llueve*. Pues la lluvia llueve dejando la piel húmeda, al igual que la escritura rozándonos con la esquiva presencia del pensamiento. El pensamiento no se escribe, no se dice, pertenece a lo indecible. Lo saben bien los poetas, acaso los únicos que acceden a la indecibilidad, a su imposible determinación lingüística: *Este juego insensato de escribir*.

Escribir es la prueba empírica de nuestra cósmica soledad.

No hay, por lo demás, *Archi-escritura*, ni un *Origen de la escritura*, pese al titánico esfuerzo de este último rastreador de los signos perdidos en Caldea, en los pictogramas, en Mesopotamia, en los grifos y los restos guardados en el Louvre. Hay origen cuando abro ese libro sobre el *Origen de la escritura*, y comienzo a leer, reescribiendo su texto. No hay tampoco *Significante-Amo*.

La escritura nos expone al afuera, al afuera absoluto. Leer a Juan de la Cruz, y pensar en cómo su escritura intenta apresar en el metrónomo de sus versos la infigurable ausencia que sintió y vivió como presente.

Escribir compromete al otro, al que leerá lo que escribo. Al ausente, al igual que yo cuando me lea, cuando me leo. Pero ese otro que yo está ahí, en el origen de la escritura, haciendo de la escritura una técnica necesaria, un vínculo, la urdimbre intersubjetiva. El palpito de los dedos.

Si Dios existiera no escribiríamos. Dios es la Ausencia Absoluta. Por ello, la mirada despertada del niño capta, sin saberlo, la ausencia en la mirada que lo mira. O acaso es el único que lo sabe, pero aún no habla, aún no escribe. Ha iniciado, sin embargo, su camino oscuro hacia sí mismo, humanizándose, escindido su cuerpo entre su organismo y su exceso. Por eso escribirá, para salvar el hiato, el desajuste y abismarse, sin saberlo, *en un océano sin riberas*.

De ese “mar sin riberas”, donde azotan torbellinos, repliegues, desvíos, ascenso de lo profundo, espejismos, islas, la escritura aparece como un intento de roturar la mirada descentrada, acallando la charla sin fin de un sujeto encallado. Aventura hacia el nuevo mundo, travesía hacia *el afuera*, *escribir se quisiera más allá del tiempo*, como si su espaciamento a través de las palabras inscritas suspendiera al que escribe en una extraña eternidad que deja la marca de su paradójico paso. Escribir sintiendo el pensamiento actuar tras el rostro que mira lo escrito, que se detiene, vuelve, intenta, pulsa, busca y no sabe cómo se reinicia esta navegación que solo las estrellas rigen.

Hay muchas maneras de escribir, como también de hablar, de leer, lo hemos dicho. Se habla charlando sin parar, llenando el vacío con sonidos, colmando el afán de decir no importa qué, cegando el camino de la respuesta verdadera, impidiendo la pregunta, el silencio. Se escribe para informar, para prescribir, para señalar, deícticamente. Se escribe bajo moldes, académicos, técnicos, políticos, prescritos. Formularios, formateados, donde las ciencias se ciñen a su ideología dejando apenas espacios para el genio que irrumpe rompiendo los goznes con sus proposiciones que representan *fenómenos de mundo* insospechados, atisbados a partir de su escritura innovante, de la extensión de su intuición escalar, la que se iza sobre los hombros alpinos y atisba ese “mundo” en la cima de su profundidad: *entropía, ello, foton, cuantum, cuerpo negro, gravedad, intencionalidad, signo, significado, irracional, imaginario, infinito...*

Escribir como quien sueña, desea, siente, padece. *Nous poietikos*: para acallar, para abrir, para desprenderse de sí, *nous pathetikos*.

98

Marzo
2017

Hablar, leer, escribir no cediendo a la urgencia cotidiana, a la necesidad de certezas, a la petrificación de las cosas, de los estados, de los seres. Asistir al cambio, a lo posible, a esa novedad que dice: *ese bello árbol ahí*.

Renovar, fracasar, insistir.

Las sensaciones trenzando verbos activos desde su pasiva remoción. Las sensaciones adhiriéndose al sonido, a la letra, al discurso, *como un mar meridiano a su bahía*. Sensaciones, afecciones, tremolar del cuerpo que tiende hacia ese horizonte abierto por los sentidos y es entonces, en su misma imposibilidad, que habla, que dice, que escucha, que escribe, que lee acerca de eso, de aquello, de su tensión, de su casi, de su apunto de, de su roce, de su beso, de su efímero momento, de ese acontecimiento... *nadie sabe lo que puede un cuerpo*.

Del adentro, el habla balbuceante apoyada en las manos, palpando lo que ve, escucha, adentra, resuena, indica, señala, oye, dice... Ahí afuera, lo otro de sí como un impacto, ahí, allí, *a la mano, ante los ojos*, imponiendo toda nuestra atención, en su visibilidad alucinada en donde el otro que yo me reclama.

Salir del adentro, hacia eso, hacia aquello. Salir, hacer audible desde el adentro el reconocimiento, la presencia del otro. Hablar para exponer, hablar para intentar, hablar para ir hacia el afuera, hacia el sonido, hacia el color y el volumen, hacia el movimiento. Y volver hacia adentro el devenir del mundo, la *callada por respuesta...*

Leer así en pos de mil respuestas, de mil preguntas, de mil fracasos, de páginas como avanzadillas en el afuera.

Sentir en la lectura la letra diluirse en la penumbra de nuestro adentro, el murmullo del otro confundándose con el nuestro en un monólogo de imposible unidad. Recorrer ese espacio que la palabra apegada a los labios no alcanzará en su anhelo, fugitiva experiencia de nuestro efímero presente. Leer y releer intentando sostener la mirada sobre la red que cubre el vacío.

Y así, escribir. Ir cubriendo las páginas, las lagunas, el temblor del ahí con este esfuerzo por salir hacía afuera, al exterior mismísimo de nosotros, para vernos atisbando las palabras incisas, las palabras que otros acaso leerán, harán suyas, revivirán un día.